

Nunca he visto en persona
a alguien que haya ganado
una de esas camionetas
que rifan los bancos,
tiendas departamentales
y mueblerías.

Jamás conocí a alguien
que haya sido acreedor
a cualquier premio mayor
de la lotería

—no aquella de frijolitos y gritones,
sino la de los rotafolios:
papiros con tinta rosa (interminables
intransigentes)
colgados en la caseta esquinera
donde compro cigarros sueltos—
(con los cantos de sirena no te vayas a marear).

Nunca supe quién ganó el millón de pesos
de aquel certamen de poesía,
ni cuántos desiertos
que hayan sido descubiertos
y declarados por convocatorias
existen en el país.

Puedo imaginarme
que las personas que marcan
a ese programa de preguntas
—donde una muchacha (buenísima)
hace preguntas fáciles
durante la madrugada—
son actores pagados.

Aspiraré a un concurso:
deseo un roce de tus labios,
uno que me quite la mala racha
y me deje pleno...
espero pasar el sorteo
entonces ya no tendré más necesidad
de mirar del otro lado
de cualquier corcholata
cual si fuera una *fortune cookie*.
Como si mi destino vaya a ser distinto
a la típica leyenda:
sigue participando.

MÍKEL F. DELTOYA
Ciudad Juárez (1991)

Maravedí

A Kattia,
por sus ojos



Colección
VÍCTOR GÓNGORA CERVANTES